

## In memoriam

“Con él su vida entera coincidía”



**José Martínez Sarandeses (1940-2003)  
en el recuerdo**

Vale para José, muerto el 23 de mayo pasado, el verso de Cernuda: pocas personas, pocos arquitectos habrá habido más arraigados en sus convicciones, más convencidos de querer llevar a la práctica aquello en lo que creía y lo que sabía sobre edificación, sobre urbanismo, sobre diseño urbano, sobre calidad de vida ligada al medio edificado y urbanizado.

José nació en Pontevedra el 14 de abril de 1940: otro hermano iba a nacer en la misma y tan señalada fecha, cuatro años después, sin duda en homenaje a la sabia meticulosidad que ha caracterizado a toda su familia, sobre todo a sus padres. Tras estudiar en el Instituto de Enseñanza Media de Pontevedra —mixto, como él decía siempre con orgullo, mixto por

no se sabe por qué excepcional y feliz circunstancia— y hacer el COU en Santiago, vino a Madrid en 1960 a estudiar Arquitectura, el primero de una saga de cinco hermanos que han estudiado en Madrid en Escuelas Técnicas Superiores, gracias a la convicción y al sacrificio de sus padres. Vino a Madrid, pero no se fue del todo de Galicia. En José, en su arquitectura, en su diseño, siempre ha estado la luz de Galicia, las carballadas, la fábrica de granito, la ría, el océano.

A José le gustaba jugar a *enfant terrible* de todo y un poco lo fue de su promoción universitaria: El *Neno*, le apodaban cariñosamente sus compañeros que, por razones de los cambios en el modo de ingreso en la enseñanza superior técnica, eran casi todos mayores que él, además de por su aspecto juvenil, que conservó toda su vida. El *Neno* pasó algunos de los mejores y más fecundos años de su vida en el Colegio Antonio Nebrija de Madrid, donde hizo amistades para toda la vida y aprendió la base de todo lo mucho que sabía de música. Trabajó en los estudios que más le podían enseñar: el de Sáenz de Oiza, el de Lamela, y sobre todo, colaboró largo tiempo con Alejandro de la Sota, que tuvo con él una especial complicidad, ambos de Pontevedra, ambos exquisitos en sus gustos, ambos admiradores de Mies van der Rohe hasta sus últimas consecuencias. Cuando después de muchos años sin verse, José volvió al estudio de un Alejandro ya mayor y que había estado enfermo, éste le acogió con un “¡Ya era hora!” expresivo de esa especial relación.

El urbanismo le llegó a Sarandeses de la mano del compromiso político tan característico de los últimos diez años de la dictadura y que tanto se dio entre arquitectos jóvenes: a mediados de los setenta se decía que había en Madrid cerca de un centenar de arquitectos afines a aquel partido comunista del final de la clandestinidad. Se trataba de crear sensibilidad y de dar soluciones urbanísticas a los desmanes consecutivos a la urbanización masiva y a las improvisaciones y especulación desaforada de los polígonos de bloques de los años sesenta y setenta. Se trataba de aprender y de enseñar urbanismo en la Escuela de Arquitectura. José había sido becario en el *Centre de la Recherche Urbaine* de París, durante el año 1967, y otros arquitectos volvían de Gran Bretaña, de Estados Unidos; muchos coincidieron en aquel centro movilizador de inquietudes y de conocimientos que fue el Instituto de Estudios de Administración Local de la calle Santa Engracia, en la época de Romay, de Lasuén, de Gaviria, cuando se fundó esta revista. En la Escuela, los profesores de la cátedra de Emilio Larrodera (Carlos Ferrán, Eduardo Mangada, Paco Longoria, tantos otros, también Sarandeses) llevaron la asignatura de Urbanismo a cotas de prestigio y de entusiasmo desconocidas; no por mucho tiempo —entre 1968 y 1972— porque, con una coherencia que poco se ha practicado después, todos ellos se fueron de la Escuela por voluntad propia, como protesta ante una segunda irrupción represora de la policía franquista dentro de la Escuela: habían advertido que lo harían y lo cumplieron. Con ello, José Sarandeses interrumpía por

un larguísimo periodo una de las cosas que mejor ha hecho y con las que más ha disfrutado en la vida: enseñar, enseñar desde las aulas. Sólo volvió a la Escuela en los tres últimos años de su vida, a solicitud de un grupo de amigos y compañeros conscientes de su maestría en diseño urbano: fue para él una etapa de plenitud.

Entre ambos momentos se ha desenvuelto toda una vida profesional y de estudio. Primero más orientada hacia el urbanismo, después más arquitectónica y de diseño urbano. En el Ministerio de la Vivienda, como jefe de la Sección de Asistencia al Planeamiento y miembro de la Comisión Central de Urbanismo, realizó en 1974 un inventario de planeamiento y ordenación urbana a los dieciséis años de aplicación de la Ley del Suelo que constituyó un balance imprescindible, en la situación entonces caótica de la ordenación, para evaluar necesidades, lagunas y ausencias clamorosas. Allí inició su colaboración con María Agustina Herrero Molina y José María García-Pablos: la colaboración con Magú se ha prolongado casi treinta años como manifestación de cómo se complementaban. El avance de la revisión del plan de ordenación de Pontevedra, un verdadero plan territorial al tratarse de un municipio con menos de la mitad de la población concentrada; los Programas de Actuación Urbanística de Chamberí y Salamanca por encargo de la Comisión de Planeamiento y Urbanismo del Área Metropolitana de Madrid (COPLACO), en la etapa de Carlos Conde Duque y de Fernando de Terán, esa experiencia fundamental que luego permitió a los ayuntamientos democráticos proceder con información y criterio, son algunos de los trabajos de ordenación urbana más significativos llevados a cabo por José en los últimos años setenta y primeros ochenta.

Los veinte últimos años de su vida, los de madurez intelectual y profesional, los consagró Sarandeses a los espacios públicos como clave para una ordenación y un diseño urbanos capaces de ofrecer calidad ambiental. Su reflexión, en la línea de Christopher Alexander, de Ian McHarg, de Michael Hough, de tantos otros, fue madurando en un largo proceso de lectura y de práctica, pero también en un reconocimiento minucioso de lo realizado, de sus aciertos y de sus defectos. Cámara al hombro y con paso raudo, José ha recorrido toda España, mucha Europa y parte de América, fotografiando espacios públicos urbanos de toda índole; lega, entre tantas otras cosas, una colección de varias decenas de miles de diapositivas que constituyen un retrato inigualable de las perspectivas urbanas, las calles, los paseos y los descampados de las ciudades y los pueblos españoles de finales de siglo, de los cascos y los ensanches, y sobre todo de esas barriadas de bloques, tan desconocidos en general y que él conocía muy bien: las periferias. Muchas publicaciones lo avalan, sobre todo sus libros, entre ellos *Espacios públicos urbanos* o *Los árboles en la ciudad*.

Pero Sarandeses no se quedó, ni mucho menos, en el registro de lo constatado: elaboró una reflexión compleja que en 1997 publicó en la revista de Derecho Urbanístico y Medio Ambiente, sobre precio de suelo y ordenación urbana. Partía de la exacta constatación, que contradice muchos tópicos, de que la superficie de espacios públicos es mucho mayor en los polígonos (en torno a las dos terceras partes de la superficie total) que en el casco (32 %) y en los ensanches (27 %). En correspondencia los espacios privados en los barrios de urbanismo abierto se limitan a la proyección de los edificios. Lo malo es que la abundancia de espacio público encarece el suelo —porque lo que repercute en el precio, insistía José, no es tanto el suelo calificado como el urbanizado— y, además, se trata de espacios públicos mal cuidados, mal gestionados, abandonados a su suerte y condenados a degradarse, inhospitalarios, inseguros. En suma, públicos pero inútiles, públicos pero inservibles para las estancias al aire libre y muchos usos; lo que le llevaba a defender, contra corriente y para escándalo del pensamiento políticamente correcto, que la forma de abaratar el suelo consistía en reducir las exigencias de superficie pública en el ordenamiento legal y en favorecer la propiedad privada o semiprivada —casi siempre comunitaria— de los espacios libres.

Con este convencimiento de la importancia de la densidad como generador de tejido urbano tejó José su última y más madura obra escrita, la *Guía de Diseño Urbano*. La *Guía* es no sólo el más completo y didáctico de sus manuales sobre cómo diseñar (que no planear) la ciudad, sino que contiene también la arriesgada propuesta de un módulo base para un desarrollo urbano ilimitado que, comparada con los clásicos ensanches, adquiere las proporciones de una “supermanzana”. Con forma de rombo girado, se basa en la aplicación de los parámetros que venían detallados en el manual: distancia máxima hasta los nudos de transporte público, que se colocaban en los vértices; gradiente de densidad decreciente, del exterior al interior de la manzana —desde los bloques del perímetro hasta los unifamiliares del núcleo; el trazado y la jerarquía de un sistema viario nunca recto; el gradiente también, en los espacios públicos, desde la pequeña plazuela intermedia hasta el gran parque central...; todo ello conforma un organismo urbano autónomo que genera ciudad por adición y que queda, para nosotros, como un acercamiento al pensamiento utópico pero partiendo de principios absolutamente pragmáticos.

La otra línea de reflexión de Sarandeses, aún más madura y más conseguida en la práctica, consistió en recurrir a soluciones tradicionales de manejo y de diseño para lograr espacios libres confortables y ambientalmente correctos. “Para conseguir un buen acondicionamiento ambiental de los espacios públicos con re-

cursos mínimos, basta aplicar los conocimientos acumulados a lo largo de la historia sobre los mecanismos de control microclimático que proporcionan determinadas formas urbanas y arquitectónicas, y el arbolado de sombra, utilizar plantas resistentes a la sequía, y disponer suelo permeables...” La vegetación, los árboles en condiciones, y los daños que se les infligen, se convirtieron en objeto de conocimiento profundo por su parte, en una obsesión, pero no en sólo por sus cualidades estéticas, que también, sino por su capacidad de crear ambiente urbano de calidad.

Acondicionamiento urbano ambiental, diseño con la naturaleza y con árboles y plantas, esas eran la clave de una preocupación por la calidad de vida en las ciudades y el urbanismo sostenibles, que en Sarandeses constituyeron una verdadera cultura urbana. Era un pionero, o al menos eso creemos nosotros. La remodelación de la plaza de Galicia en Pontevedra, calmando el tráfico; las propuestas del plan especial de protección, saneamiento de los cauces, riberas y márgenes del Lérez también en Pontevedra; la peatonalización del centro de la misma ciudad; diversas propuestas para entornos de Sevilla, la Alhambra, Valencia, Madrid, etc., confirman esta apreciación. Por no hablar de la actuación que para él era la preferida, la expresión de sus concepciones: el jardín sobre un garaje en los Docks de Madrid, en la calle Téllez.

Por último, Martínez Sarandeses no dejó nunca de producir excelentes piezas de arquitectura. Si Mies fue la constante de su colaboración con De la Sota, también lo seguiría siendo durante bastantes años en su andadura posterior: de su maestro guardó una impecable capacidad por entender y reproducir el espacio miesiano, pero de él se distanciaba enseguida por hacer primar la *firmitas* y la *durabilis* sobre la experimentación industrial, creando obras bellas, sencillas y sólidas de ladrillo (fundamentalmente vivienda) que aún hoy siguen manteniendo una excelente salud.

Curiosamente José renegaría no sólo de Mies sino del racionalismo entero en el último tramo de su trayectoria, desde mediados de los 80 hasta el los primeros 2000, por considerar que iban contra los más básicos sistemas de confort y sentido común, que sí se encontraba en la arquitectura tradicional. Obviando entonces referencia visual alguna a los maestros (fue a Wright quizás al que nunca llegó a olvidar), levantó un buen número de edificios institucionales de estética muy personal, entre ellos dos edificios judiciales en Galicia u otros escolares en Alicante; experimentó en todos ellos con soluciones tradicionales de cerramiento, evolucionadas según las técnicas modernas (la Audiencia de la Coruña, por ejemplo, se cierra con paños autoportantes de sillares de ladrillo en sus diez pisos de altura), imprimió su idea de arquitectura participativa, quiso que los usuarios opinaran, reclamó su colaboración de antemano, sus exigencias. Pretendía, sobre todo, que los edificios funcionaran, y para ello estaba dispuesto a sacrificar en último extremo la estética. El cariño con el que le recuerdan los vecinos de la plaza de Olavide, o los profesores de los colegios e institutos que construyó o reformó son buena muestra de ello.

“Por una feliz coincidencia de circunstancias, lo bello, lo bueno y lo útil se encuentran de consuno”. Esta es una frase de la racionalidad ilustrada, en expresión de Humboldt, que le gustaba mucho a José. Estamos convencidos de que intentó siempre que coincidieran.

Josefina GÓMEZ MENDOZA, geógrafa  
Andrés MARTÍNEZ GÓMEZ, arquitecto  
Inés MARTÍNEZ GÓMEZ, editora multimedia

## PUBLICACIONES PRINCIPALES DE JOSÉ MARTÍNEZ SARANDESES

- 1974a: “La ordenación urbana en España. Balance de dieciséis años de aprobación de la Ley del Suelo” *Ciudad y Territorio*, 2/1974
- 1974b: “Indicadores para evaluar las necesidades de planeamiento general en España. Hacia una definición de una estrategia de asignación de recursos” (en colaboración), *Ciudad y Territorio*, 4/1974
- 1981: “El Programa de Acciones Inmediata del Ensanche. Un intento de recuperación social de la ciudad”, *Ciudad y Territorio*, 4/1981.
- 1982: *Chamberí y Salamanca* en Documentos para difusión y debate, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, COPLACO, Madrid.
- 1985: *Plazas y paseos de España*, Instituto del Territorio y Urbanismo, Madrid.
- 1990: *Espacios públicos urbanos. Trazado, urbanización y mantenimiento*. Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, 1990 (En colaboración). Premio de Urbanismo, Arquitectura y Obra Pública del Ayuntamiento de Madrid.

- 1993: *Árboles en la ciudad. Fundamentos de una política ambiental basada en el arbolado urbano*, Madrid, Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente, 1992. (2ª edición, 1996) (En colaboración). Premio Medio Ambiente del Ayuntamiento de Madrid,
- 1995: “Los Docks de Madrid. Un jardín sobre un garaje”, *Urbanismo*, 1995, 26: 80-85.
- 1996 : “Remodelación de la plaza de Galicia y su entorno, en Pontevedra. Una actuación para mejorar la calidad ambiental del espacio público y calmar el tráfico rodado”, *Urbanismo*, 1996, 29: 38-43.
- 1997: “Precio del suelo y ordenación urbana”, *Revista de Derecho urbanística io ambiente*, XXXI, julio-agosto 1997: 141-151.
- 1999: *Guía de diseño urbano*, Madrid, Ministerio de Fomento, 1999 (En colaboración).

Así como una extensa OBRA CONSTRUIDA de arquitectura entre 1974 y 1992, abarcando viviendas unifamiliares, edificios residenciales y de oficinas (en Madrid), un centro de enseñanza (Petrer), una sede judicial (Pontevedra), la audiencia provincial de A Coruña, entre otras.

